

Los artículos metaliterarios de Eduardo Acevedo Díaz (1873-1895)

Felipe Correa Buroni
Universidad de la República

Estas ponencias surgen en base a diez textos escritos por Eduardo Acevedo Díaz aparecidos en prensa Montevideana entre 1873 y 1895, antes de que entrara a la actividad política intensa.

Lo que dio pie al relevamiento de estos textos fue un Seminario de Literatura Uruguay de 2011, acerca de Eduardo Acevedo Díaz, a cargo del Prof. Pablo Rocca. Para un trabajo monográfico el Prof. Rocca sugirió a un grupo –Pablo Armand Ugon, Rodrigo Bacigalupe y yo– investigar en esta dirección de exhumar el trabajo crítico de Acevedo Díaz, aportando él mismo documentos de su archivo personal. Los otros textos en que se basan estas ponencias fueron ubicados gracias a la *Guía bibliográfica* de Walter Rela, la antología *Crónicas, discursos y conferencias. Páginas olvidadas* de Ovidio Fernández Ríos y la colección Acevedo Díaz depositada en el archivo literario de la Biblioteca Nacional. También nos aproximamos a otros a través de diversas fuentes secundarias.

Esta decena de artículos es apenas una fracción de la prolífica actividad periodística del escritor, desarrollada en varias áreas. La mayoría de los artículos, escritos desde La Plata o Dolores, en Buenos Aires, figuraron en publicaciones montevideanas de variado perfil que apuntaban a públicos más o menos populares, sin ello causara variaciones en estilo o complejidad. En orden cronológico: *El Club Universitario*, *La Revista Uruguaya*, *La Razón*, *Revista de la Sociedad Universitaria de Montevideo*, *El Ferrocarril*, *El Siglo*, *El Nacional*.ⁱ

La función social de la literatura al fin de siglo. La visión de Acevedo Díaz

El primer artículo de Eduardo Acevedo Díaz que conocemos sobre el tema es de 1873, cuando tenía veintidós años, el último del 95, cuando tenía cuarenta y cuatro. A lo largo de esas dos décadas hay una certeza que siempre conservará: las obras de altura que se estaban escribiendo no eran para sus contemporáneosⁱⁱ. En el primer artículo, “La literatura entre nosotros”, anuncia que “*La semilla fecunda que los poetas dejaron caer en los surcos sangrientos, fructificará mañana*”^{p.5}, volverá reiteradamente a este concepto y lo reafirmará en la última novela de su ciclo épicoⁱⁱⁱ cuarenta y un años después dedicada a “*la juventud que estudia y piensa*” (Acevedo Díaz, 1965: 3). En su

era los intelectuales escribían para las generaciones venideras, convicción explicitada también por José Enrique Rodó que dedica su *Ariel* “a la juventud de América”.

La consideración de “para quiénes se escribe” está basada en observaciones sobre la sociedad de la época: la relación de sus integrantes con lo letrado; así, la función social de la literatura es un problema que, sin ser nombrado como tal, ocupa un lugar principal en las preocupaciones literarias de Acevedo Díaz.

Dentro de la concepción de *literatura* que se extrae de los artículos, se pueden ver dos ejes fuertes en los que se debate el problema de la función social, un eje sería propiamente funcional: la literatura como vehículo del ideal y la moral o la literatura como testimonio histórico; y el otro eje sería de dependencia: la literatura como herramienta del progreso, y su autonomía relativa. Entre estos elementos no hay relaciones unívocas, y abundan más las solidaridades que los antagonismos. Por ejemplo, Acevedo Díaz plantea que los efectos de la literatura moralizadora ayudarán al desarrollo de la ciencia; en otras instancias se explora en cómo el ideal ilumina la inteligencia del pueblo o cómo el relato de hechos pasados estimula la inteligencia.

En su juventud insiste en el lugar de la literatura como vehículo para el ideal y la moral; el problema de la relación entre arte y progreso también es temprano. Tardíamente, Acevedo Díaz pasa a ocuparse en forma contundente de la literatura como testimonio histórico. El tema del progreso pasa a un segundo lugar, el papel moralizante de la literatura casi desaparece, y su lugar como testimonio del pasado cobra preeminencia. En cambio, la literatura como alimento de la inteligencia se asocia fuertemente a cada uno de los demás temas durante todo el período.

Vehículo del ideal y la moral

El joven Acevedo Díaz postula que: “*bien puede un literato escribir un libro moral y recreativo, [...] que algunos no más gozarán con su lectura amena e instructiva*”^{p.3}; esta visión de la literatura como vehículo de la moral se completa con la metáfora con que refiere a las bellas letras: “*blancos tules con que la mente encantada envuelve y preserva sus ideales*”^{p.3}. Esto es: para el autor el “*alma de la poesía*”^{p.10} es “*el sentimiento moral*”^{p.10}. De ahí su condena a la obra de Byron que “*no halaga ni seduce el sentimiento moral*”^{p.24}, a la de Poe que “*carecía de ideal*”^{p.25}, y a la poesía de Bécquer, que entiende que cantando sobre su propia pena “*no [interesa] a la humanidad, que necesita del ideal y que lo acepta –cuando brota del dolor posible, común a todos–*”^{p.25}.

Los ideales son justamente universales, escapan a lo personal, y tienen todo que ver con el modelo moral de comportamiento. Así, por el decadentismo que se puede ver en Byron y en Poe los opone al “*estilo romántico [...] alienta y dignifica las pasiones*”^{p.24}. Esa dignificación de las pasiones es lo que él plantea que ha de buscarse con la literatura; dirá que Homero surgió entre “*sociedades incipientes*”^{p.19}, y que estaba “*muy arriba del nivel sociológico de los espíritus de su época*”^{p.20}, Acevedo Díaz traza implícitamente un paralelismo con los escritores del siglo XIX en la región, insertos en la juventud de las naciones. Homero pudo acercar el ideal a su sociedad, dignificando sus pasiones, en esta época temprana de Acevedo Díaz “el ideal” sigue siendo la meta última adonde apuntar, lo que se debe reforzar en las sociedades, en el progreso, y a través de la literatura (donde en parte aparece como *lo bello*).

Acorde con esa visión de la literatura como guía social, en un artículo de 1884, “Ideales de la poesía americana”, Acevedo Díaz dice que la situación en la poesía moderna invita a abandonar un estilo caduco y a construir nacionalidad, usando como bloques fundamentales los hitos históricos. Antes, señala la forma en que la literatura habría de hacer eso, difundiendo “*todas las conquistas morales en el seno de las muchedumbres para que el pensamiento y el ideal ocupen los vacíos que deja la decepción y el infortunio*”^{p.40}. Así, el pensamiento procuraría el combustible para la racionalidad, y el ideal procuraría aquel para la emotividad, buscar los objetivos y dignificar las ambiciones patrióticas.

Cuatro años después de este planteo normativo, en un artículo de 1887 sobre *Fuegos Fatuos*, libro de poemas de Carlos Roxlo, vuelve a hablar de ideales, pero mientras alaba los “purísimos ideales” en la poesía de su contemporáneo, no vuelve a utilizar la referencia a *el ideal* salvo en una ocasión, y en esta su posición con respecto al término es ambigua: “*Carlos Roxlo tiene alma de patriota, y niño todavía «con la leche del ideal en los labios» y en la cabeza un mundo de dorados ensueños*”^{p.47}. Todo indica que Acevedo Díaz comenzó a tomar distancia de aquella posición con respecto al lugar de la literatura, sin perder jamás su idealismo, pero distanciándose de “*un mundo de dorados ensueños*” en que él mismo habitó.

En 1893, en la conocida carta aparecida en prensa sobre la muerte de Magariños Cervantes, llama a este: “*generoso divulgador de las virtudes de la raza y de las leyendas nativas [...] hiriendo en la fibra patriótica sin cesar, como un llamado*

permanente a los ideales que no mueren y se transmiten cada vez más firmes de generación en generación”^{p.54}. Acevedo Díaz lo reconoce y le rinde homenaje como el *divulgador* de esta literatura que él mismo trabaja; pero toma distancia estética: “*mis gauchos melenudos y taciturnos no son sus gauchos caballerescos, líricos, sentimentales; ni mis heroínas hoscas y desgredadas son lo que sus angélicas mujeres*”^{p.54}. Esta distancia estética es compleja y tiene que ver con el rigor con el que se quiere representar la realidad, Acevedo Díaz ya no expone “el ideal” absoluto, ingenuo, que defendió repetidamente diez años atrás; tampoco dejó de lado los ideales,^{iv} estos “*gauchos taciturnos y desgredados*” son la materia de una sociedad que requerirá ideales. Pero aquí y en sus obras, particularmente en su ciclo épico, se puede ver que sus gauchos no son “*caballeros andantes de la gloria y el honor*”, su literatura no es una de artificiales ejemplos de virtud, sino que busca trazas de virtud en el barro histórico.

Zum Felde señala que Acevedo Díaz vive el choque y la transición del romanticismo y el realismo en América, en la década de 1880, se ve atraído por las nuevas corrientes, pero, radicalmente, “*es un idealista, un principista*” (Zum Felde, 1967: 255). Esto es claro en sus artículos más tempranos; pero hay un alejamiento de la referencia a “el ideal” como recurso constante para una deontología de la literatura. Señala Ardao que se mueve desde un espiritualismo racionalista hacia un idealismo positivista evolucionista, intentando conciliar las nuevas corrientes con un romanticismo que nunca termina por abandonar (Ardao, 1971: 217). No se acerca hacia el naturalismo, pero sí hacia un realismo que va dejando de lado el melodrama y los mundos “*de dorados ensueños*”.^v

Herramienta del progreso, actividad con autonomía relativa

El desarrollo que Ardao propone en *Espiritualismo y positivismo*, muestra una lucha feroz entre las dos tendencias de pensamiento, que provocó una “*revolución cultural auténtica*” entre 1870 y 1890, finalizando con una consagración epocal del positivismo. Más allá del triunfo académico, y de que Acevedo Díaz tuviera creciente simpatía por el positivismo, *el progreso*, encarnado en la ciencia, ya había calado hondo en la región en la segunda mitad del siglo XIX.

En “La literatura entre nosotros” –temprano, de 1873– Acevedo Díaz plantea que con el paso del tiempo la literatura, el amor a *lo bello*, se hace colectivo, y genera la

emulación de los ideales que representa. Esta propagación del ideal, de la moral, serviría como ennoblecedor del progreso: sobre la base moral sentada por la literatura el progreso apuntaría hacia lo humano, lo colectivo, en vez de a propósitos particulares.^{vi} “*Ved ahí al arte como medio y a la ciencia como fin*”^{p.5}. En los siguientes cuatro años, dentro de los textos que conocemos, sigue otorgando a la literatura un papel instrumental, el poeta se vuelve “*un obrero*”^{p.16} y la poesía se vuelve práctica^{vii}, incluso “[e]l estilo marcha con el progreso”^{p.19}. Hay ya una consideración evolucionista, historicista, pero no hay que postular a Acevedo Díaz como un pragmático a ultranza: mantiene un idealismo subterráneo. Podemos ver el romanticismo que nunca abandonará cuando defiende a *el ideal* contra la filosofía positivista que amenaza con cambiar moral por determinismo, encarnada en Herbert Spencer. “*El mundo de la magia intelectual se ve invadido por teorías herbertistas, a las que no habría inconveniente en ceder parte del terreno, si sus extravagantes hipótesis merecieran el desalojo de ideales tan puros como consoladores*”^{pp.26}. El propio lenguaje utilizado en la defensa sirve como barrera: tanto el estilo como la investigación científica pertenecen al “mundo de la magia intelectual”; parado en esta posición, entre lo que entiende como una división en dos de la humanidad, Acevedo Díaz defiende que no debe haber exclusivismos.

A partir de este punto define a la poesía como “[l]a conciencia de un mundo pasado y de un mundo por venir”^{p.28}, y ante la posibilidad de que las ciencias pretendan ocupar ese lugar recurre al núcleo duro del romanticismo: “*la fantasía, más que una cualidad de la inteligencia, es un complemento necesario del alma humana*”^{p.28}. De ahí que plantee la verdad y la ficción como formas solidarias. Esto no quedará aislado sino que formará parte de una teoría historiográfica personal.

Se puede entender que estos planteos responden principalmente a la necesidad que sentía, en su época, de reclamar el abandono de un estilo caduco, romanticismo rancio y lejano al mundo, sin por eso abjurar del arte como un valor. Cuando en “*Ideales de la poesía americana*”, había llamado a “*difundir todas las conquistas morales en el seno de las muchedumbres*”^{p.40}, proponía un método para encender “*una chispa en cada cerebro y un nuevo amor en cada corazón; germen de ideas, y fuente de ternuras*”^{p.40}, más allá de que se la nombre como ayuda del progreso siempre hay una idea clara de dualidad humana, y así, de autonomía relativa.

De todos modos, empapada de idealismo, la forma de entender la literatura en esta época temprana es de escasa complejidad. La deontología de la literatura mencionada anteriormente, fundada en *el ideal* y la moral, comanda “*acompañar el ruido de los talleres, para conservar en sus cantos las virtudes [...] para combatir los vicios y errores que pueden vulnerarlas con el triunfo de las pasiones sensuales*”^{p.42}.

En artículo sobre Carlos Roxlo, de 1887, Acevedo Díaz exhorta al joven poeta a cantar al trabajo, al arado, en lugar de a la nostalgia, para contraponer el esfuerzo manso a la glorificación del combate; reclama versos que bosquejen las costumbres “*propias y dignas de la virtud republicana*”^{p.48}.

Pero hacia el final del período hay una línea de fuga con respecto a esta deontología, en 1894 escribe: “*aun cuando para mí prefiriese al tema libre el tema obligado de nuestras tradiciones y costumbres verdaderas; procuro apreciar la labor realizada [...] separándome de los tufos persistentes de soberbia que forman la atmósfera de vecindad o de barrio*”^{p.58}.

La función instrumental no agota el arte, se atempera la deontología de la literatura para una sociedad en avance.

Testimonio histórico

Con respecto a esta preferencia temática por tradiciones y costumbres, ya en el 75, Acevedo Díaz defiende la literatura enraizada en el pasado: cita una analogía que hace Francisco Bilbao: la poesía moderna es a las viejas líricas y los recuerdos, como un ferrocarril que pasa velocísimo por al lado de una carreta empantanada. Acevedo Díaz concuerda, pero con ciertos recaudos: es necesario preservar los “*cuadros espléndidos del pasado donde la civilización grabó su huella de una manera indeleble*”^{p.16}, y sirven al avance del progreso.

Su preferencia temática por las “*tradiciones y costumbres verdaderas*”^{p.58} va más allá de su uso para la difusión de *el ideal* y la moral en ayuda del progreso. La función de la literatura como testimonio del pasado puede trabajar hacia la construcción de “*una patria suspirada*”^{p.41} y puede estimular la inteligencia de los que vendrán con respecto a lo que pasó; la escritura con propósito de servir como testigo del tiempo toma una proyección hacia el futuro que sitúa al escritor en una posición de poder y responsabilidad. Con la perspectiva de la literatura como testimonio histórico se conserva ese carácter de guía de sociedades que tenía como vehículo del ideal, pero es

una guía más pasiva y humilde, menos ingenua, si se quiere. En cierta manera el rescate histórico es una clausura de ese pasado, separándolo de una nueva era moderna para que esta pueda producirse (Rama, 1998: 61-80).

Ya en 1895, cita de un artículo de E.E. Rivarola:

La novela asimila el trabajo paciente del historiador, y con un soplo de inspiración reanima el pasado, a la manera como Dios, con un soplo de su aliento hizo al hombre de un puñado de polvo de Parnaso y un poco de agua del arroyuelo. Así la Edad Media se comprende mejor y se conoce más en las interesantes narraciones de Walter Scott que en cuanto refieren los historiadores.^{p.61}

Luego de la cita, Acevedo Díaz afirma que esta teoría concuerda con la suya propia –hay una teorización consciente sobre la novela y la historia ya en 1894–, y remarca lo fundamental de esta teoría “*el maridaje de lo histórico con lo novelesco, en vez de menoscabar el relato, lo acentúa*”^{viii p.62}. No perdamos de vista que la exposición de esta teoría es en parte una defensa, ya que la imbricación de ficciones y verdades siempre ha sido objeto de críticas y recelo, ya se ve con la expulsión de las artes miméticas en *La República*; y Boileau, a quien Acevedo Díaz cita más de una vez como referente, se mostraba escéptico ante la novela histórica en el siglo XVII (Lukács, 1966).

En este artículo en que cita a Rivarola, “La novela histórica”, de 1895, *el ideal* ya no representa el énfasis principal, hay que rescatar la virtud, pero antes: el registro fiel de las épocas, de sus “*ideales, errores, hábitos, preocupaciones, resabios y virtudes*”^{p.62}, este registro novelesco estimularía la investigación y el análisis crítico, constituyendo “*una faz importante de nuestra existencia como nación; divulgarán hachos nobilísimos a otros que conviene no dejar en el olvido*”^{p.63}. La preocupación de 1895 pasa a ser que la literatura sea principalmente funcional para el aprendizaje, a través del conocimiento del pasado, con sus hitos nobles y siniestros, para la constitución de la nación y para el desarrollo intelectual de la sociedad.

Alimento de la inteligencia: pedagogía a través de la literatura, la idea ilustrada^{ix}

Por los diferentes puntos por los que pasamos: la literatura como vehículo del ideal y la moral, la literatura como herramienta del progreso, la literatura como testimonio histórico; y las líneas más notorias que los cruzan: la construcción de la nación, el ennoblecimiento del desarrollo y del patriotismo, el desarrollo intelectual de

la sociedad, el estar escribiendo para el futuro; por todos estos puntos se mantiene un idealismo de fondo sosteniendo una idea de optimismo descollante: la redención social a través de la letra. Cito una línea del primer artículo (en referencia a cómo no se estimulaba a las mujeres a cultivarse): “*Cuando la mujer llegue a leer a Platón, no tendrá necesidad de vosotros, y ella les exigirá entonces que sepáis lo que no sabéis*”^{p.2}.

En los artículos de Acevedo Díaz hay una confianza desmedida, herencia de la Ilustración –de la que tanto se siente la huella en el siglo XIX, como hemos visto en este seminario– en el poder de la literatura para transformar el mundo y la vida de los lectores con el ejemplo moral (Ardao, 1987: 22-23). En 1880 ya escribía que la literatura “*habla a todos los sentimientos del género humano como si el poeta reconcentrase la humanidad entera en sí mismo, y la explicase*”^{p.26}. Pero cuatro años más tarde, en “Ideales de la poesía americana” el germen ha fermentado; el epígrafe anuncia la tónica del artículo: “*La poesía del porvenir, como el ángel de seis alas de Milton, que irradiaba en medio de la aurora, derramará luz intensa sobre el cerebro del pueblo*”^{p.36}, toda la imagería pedagógica idealista está ahí, la figura superior, la irradiación desde el iluminado hacia el vulgo, la imagen de la luz y la recepción pasiva del conocimiento. Resumiendo, en palabras de Acevedo Díaz: “*difundir todas las conquistas morales en el seno de las muchedumbres*”^{p.40}.

La exaltación decrece en los años subsiguientes al 84, pero la idea pedagógica sobrevive y triunfa, cambiando de forma hacia algo más complejo que se plantea en 1895: suscitar el análisis crítico y la investigación a través del testimonio novelado del pasado. Este último planteo ya no es tan simple como la emanación de luz del ángel, el escritor parece reconocer una fuerza de aprendizaje en aquel que no sabe, pero ese vislumbre queda en duda cuando declara que se propone “*buscar en los múltiples detalles del gran drama [histórico] el secreto de instruir almas y educar muchedumbres –aunque las muchedumbres que se eduquen y las almas que se instruyan no lleguen a ser las coetáneas del escritor*”^{p.63}.

El proyecto sigue siendo una pretensión de formar, moldear, la masa cruda que consolidaría las sociedades incipientes de la transición de siglo.

Bibliografía

FUENTES

ACEVEDO DÍAZ, Eduardo. “La literatura entre nosotros. (Leyendo da lo bello)” en *El Club Universitario*, Montevideo, Año III, N° 9, marzo 16 de 1873: 182-188.

_____ “La poesía americana. Acordes del mismo laúd” en *La Revista Uruguaya*, Montevideo, Año I, Número 6, 7 de febrero de 1875: 42-44.

_____ “El Estilo. Disertación sobre estética”, *La Razón*, Montevideo, Año III, N° 592, Montevideo, octubre 20 de 1880: 1, col. 1-6; continuado el 24 de mismo mes: 1, col. 1-6; con errata el 26 del mismo mes: 2, col. 5.

_____ “La vida de sentimiento. Naturaleza y arte” en *La Razón*, Montevideo, Año III, N° 601, octubre 30 de 1880: 1, col. 1-6.

_____ “Ideales de la poesía americana” en ACEVEDO DÍAZ, Eduardo. *Eduardo Acevedo Díaz. Crónicas, discursos y conferencias. Páginas olvidadas*. Montevideo, Claudio García Editor, 1935. (Biblioteca Rodó, vol. 6) (Ovidio Fernández Ríos, compilador)

_____ “Fuegos Fatuos. Poesías de Carlos Roxlo” en *El Ferrocarril*, Montevideo, 19 de noviembre de 1887.

_____ “Carta a Albero Palomeque con motivo de la Muerte de Alejandro Magariños Cervantes” en *Marcha*, Montevideo, Año XII, N° 57, mayo 18 de 1951. Pág. 14, col. 1-3.

_____ “Pasajes literarios. Tentanda...” en *El Siglo*, Montevideo, 25 de febrero de 1894: 1, c. 1-2. (W. Rela indica además ver el Prólogo a la segunda edición de *Brenda*.)

_____ “La novela histórica” en *El Nacional* (folletín de *El Nacional*). Montevideo, setiembre 29 de 1895: 1, c. 7.

RELA, Walter. *Eduardo Acevedo Díaz: Guía bibliográfica*. Montevideo, Librería Delta Editorial, 1967.

CORPUS

ACEVEDO DÍAZ, Eduardo. “Sin pasión y sin divisa”, en *Lanza y sable*. Montevideo, Biblioteca Artigas, Colección de Clásicos Uruguayos, 1965: 3-8. (Prólogo de Emir Rodríguez Monegal)

_____ *El libro del pequeño ciudadano*. Montevideo, El siglo ilustrado, 1907.

_____ *Eduardo Acevedo Díaz. Crónicas, discursos y conferencias. Páginas olvidadas.* Montevideo, Claudio García Editor, 1935. (Ovidio Fernández Ríos, compilador)

CASTELLANOS, Alfredo R., “Cartas de Eduardo Acevedo Díaz al Dr. Alberto Palomeque (1880-1894)”, en *Revista de la Biblioteca Nacional*, Año 1, N.º 2, Montevideo, mayo 1969: 3-83.

GALMÉS, Héctor (compilación, introducción y notas). “Los últimos años de Eduardo Acevedo Díaz. Correspondencia familiar (1917-1918)”, en *Revista de la Biblioteca Nacional*, Montevideo, Año 11, N.º 20, diciembre 1980: 7-41.

TEORÍA, HISTORIA Y CRÍTICA

ARDAO, Arturo. *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay.* Montevideo, Universidad de la República, 1968.

_____ “La evolución filosófica de Acevedo Díaz”, en *Etapas de la inteligencia uruguaya.* Montevideo, Universidad de la República, 1971, 209-219.

_____ *La inteligencia latinoamericana.* Montevideo, Universidad de la República, 1987.

RAMA, Ángel. *La ciudad letrada.* Montevideo, Arca, 1998. (Prólogo de Hugo Achugar)

KANT, Immanuel. “Respuesta a la pregunta ¿qué es la Ilustración?”, en *Filosofía de la historia. Qué es la ilustración.* La Plata, Terramar, 2008: 33-29. (Traducción de Emilio Estiú y Lorenzo Novacassa)

LUKÁCS, Georg. *La novela histórica.* México, Ediciones Era, 1966. (Traducción del alemán: Jasmin Reuter)

ZUM FELDE, Alberto. “Eduardo Acevedo Díaz”, en *Proceso intelectual del Uruguay. I – Del coloniaje al romanticismo.* Montevideo, Ediciones del Nuevo Mundo, 1967: 223-257.

ⁱ Entre 1876 y 1880, 1882 y 1887 Acevedo Díaz vivió desterrado en Dolores, provincia de Buenos Aires, residió en Argentina entre 1888 y 1895; es seguro que siguió su labor crítica, de modo que ha de haber mucho material en prensa bonaerense. Con respecto a sus últimos años, “*sentía que junto con la edad declinaba de modo irreparable su capacidad creadora*”; tras sus misiones diplomáticas (1903-1918) se radica en Argentina hasta su muerte.

Los tres años que aún le restan de vida son la prolongación de sus padecimientos si bien tiene el consuelo de encontrarse por fin en el hogar añorado. Ni siquiera puede tomar la pluma. El 5 de noviembre de 1918, en una carta que dicta para ser remitida a Arturo Salom (h.) expresa:

«El estado de mi salud a consecuencia del rudo invierno de Berna, no me permite aún decir cuándo podré viajar a esa (Montevideo). Como lo ves, hasta para atender correspondencia necesito de secretario.» (GALMÉS, 1980: 19)

ⁱⁱ Lo cual no le impedirá hablar de la literatura como guía para el pueblo y punta de lanza del desarrollo.

ⁱⁱⁱ Y el proyecto, posiblemente posterior a *Lanza y sable* en ejecución, que fue *El libro del pequeño ciudadano* (Acevedo Díaz, 1917).

^{iv} También en otras ocasiones hablará de “*espíritu o ideal propio*” (nacional), “*la religión del ideal*”, “*un plano ideal*”, “*el ideal*”, (en “*Páginas olvidadas. Comentarios críticos*”, donde hace un cuestionamiento del ideal), “*ideal político*” (un ideal entre tantos), “*el ideal humano*” (de moralidad) y “*el ideal común*” (el bien común), “*ideal casto y puro*” (hablando de vírgenes), un “*ideal de perfectibilidad*” (moderno, del progreso), el “*ideal helénico*” (de belleza), pero ya no de esa idea vaga y que sirve de referencia constante para los primeros artículos de “el ideal” a secas.

^v “*El positivismo a que llegó Acevedo Díaz estaba asentado sobre el subsuelo romántico de la ardiente mocedad, al que permaneció siempre ligado, en literatura y en política, el fondo de su temperamento. Fue así forzoso que por su obra corrieran jugos subidos desde el terreno histórico en que su personalidad anímica hundía las raíces.*” (Ardao, 1971: 217)

^{vi} “*La ciencia, los principios, las severas prescripciones [...] afianzan su influencia y descubren su importancia sin el velo de las preocupaciones serviles.*”^{p.5}

^{vii} La poesía se vuelve práctica “[p]ara la felicidad humana”^{p.15}; con esta evaluación positiva se reconoce explícitamente el asunto de la función social de la literatura como un problema en las mentes de los escritores, en una época en que ya no son ni aedas que mendigan hospitalidad ni cortesanes que cantan para entretener y adular a sus amos. El escritor ya no tiene una casilla fija que ocupar con su papel, pero Acevedo Díaz prontamente se la otorga en su discurso: “[e]l *estilo marcha con el progreso. Va reflejando de edad en edad el carácter y las costumbres sociales bajo sus nuevas formas y tendencias*”^{p.18}; al ver un condicionamiento social de la literatura se desprende que el papel del escritor cambia con la historia, y en la edad y región desde la que Acevedo Díaz escribe, la función del poeta sería la construcción de sociedades, escribir para acercarse a “*una patria suspirada*”^{p.18}.

^{viii} Las narraciones de su abuelo, protagonista —o mejor digamos, personaje secundario— de lo que ya era historia, fueron la principal fuente de conocimiento sobre el pasado del país para el joven Acevedo Díaz. Además, el registro de dichas memorias corrió en parte por su cuenta.

^{ix} Esto es, de la Ilustración, la idea de que la palabra puede cambiar mentes y mundo; adoptando un valor didáctico, educar al hombre en potencia. (Kant, 2008)